

el perro, el ratón y el gato...

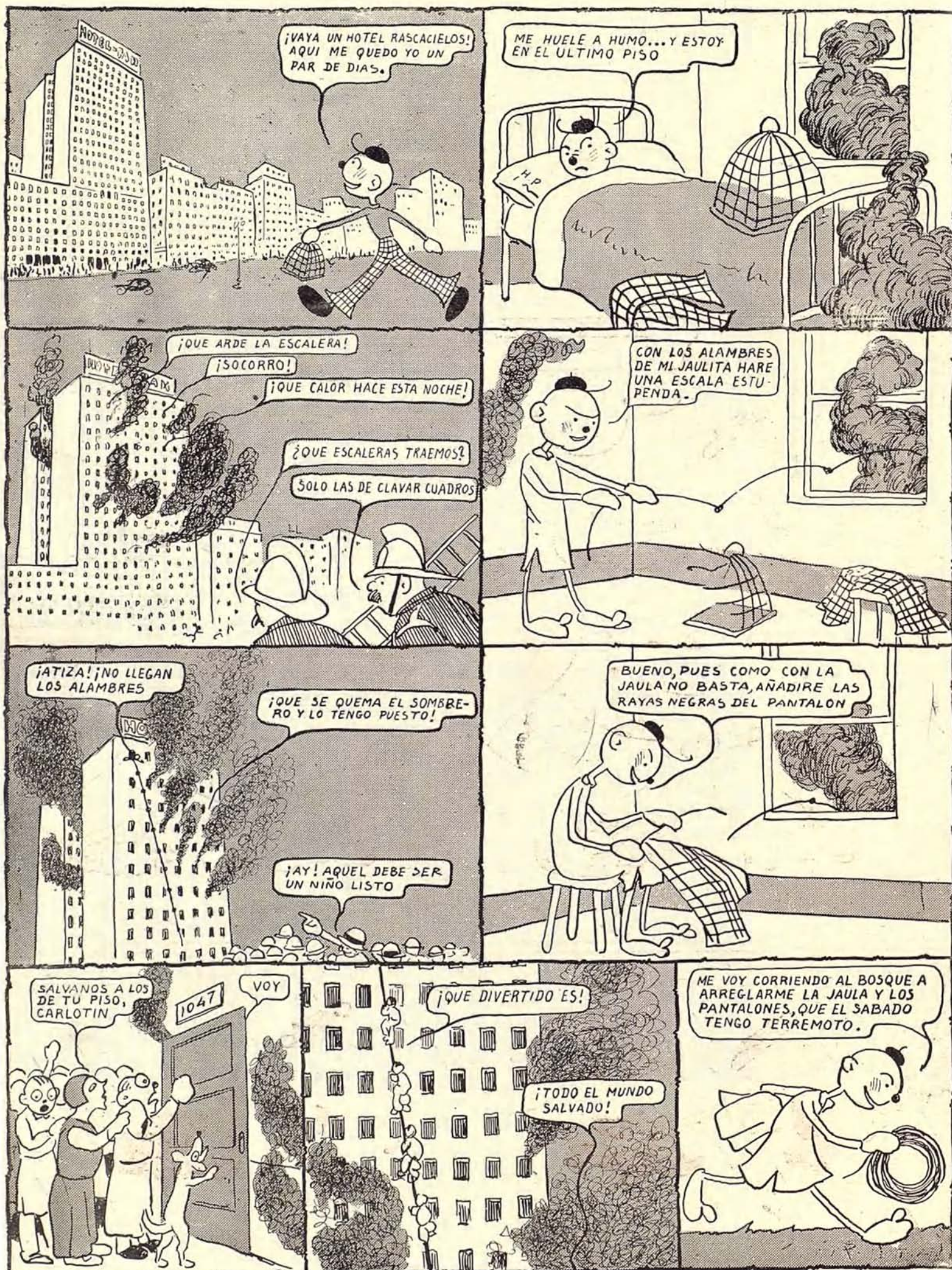
semanario de las niñas, **17** los chicos los bi-
chos, las muñecas



40
cts



El Niño Carloto Perrava a dar la vuelta a la Tierra



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

El Eco de Villacaballos

Núm. 3.—20 de septiembre de 1930.
Villacaballos de Cartón.

ANIMALES

El murciélago

El murciélago es un animalito al que todo el mundo le huye, como si por su cara de ratón, sus alas de diablo y su vida nocturna fuera amigo de brujas, duendes y todas esas mentiras.

Lo más importante del murciélago es que es mamífero, es decir, que le creían las madres, como al hombre, al perro al caballo y todos esos. En cambio vuela, casi como vuela el gorrión o la cigüeña, que son animales que ponen huevos y alimentan a los hijos trayéndoles comida en el pico.

Claro que sus alas no son como las de los pájaros, de plumas. Estas son de una telilla o membrana que va de dedo a dedo, teniendo en cuenta que sus dedos son larguissimos. Es como el varillaje de un paraguas.

Su vida es curiosísima. Se pasa el día colgado con las uñas de las patas de una viga o cosa que se le parezca, en cualquier ruina o estación abandonada. Todo el día quietecito, envuelto en las alas, y únicamente sale de noche.

En invierno se mueven poquísimo y apenas comen.

Y en el verano traen al mundo uno o dos hijitos, que las madres envuelven en sus alas, porque vienen sin vista y sin pelo.

El murciélago corriente se llama *pipis trelo*, y antes se le llamaba *murciago*, que quiere decir ratón ciego, y que es un error.

Al atardecer salen a la caza de la mosca y del mosquito, y luego persiguen a la mariposa nocturna. Por eso a veces se les ve volando como con una extraña danza cerca de los faroles. Es que van de cacería.

Ahora que, la vida es la vida, y también salen a cazarlos a ellos los gatos, las aves nocturnas, y hasta los ratones, aunque tienen cara de ser su primo hermano.

De su rara cualidad de volar y tener cara de ratón, se cuenta la fábula de que una comadreja cazó un murciélago que volaba a ras del suelo, y dijo:

—¡Ya cogí un pájaro!

El murciélago se defendió diciendo:

—¡Eh! Que soy un ratón...

Lo miró detenidamente la comadreja, le vió la cara y lo soltó luego.

Pero otra vez lo cazó por el suelo y dijo:

—Vamos, he cazado un ratón...

Y entonces el murciélago exclamó:

—¿Ratón? Pero si soy un pájaro...

Otra vez le miró y remiró la comadreja, y se convenció, viéndole volar. Y le soltó porque no sabía si era pájaro o ratón lo que iba a comerse.

DON SANTIAGO TREN
(Profesor de Villacaballos.)

La visita a Villacaballos

Hace poco visitó el pollo Guinda esta villa, con ese rayo que cruza de su frente a la barbilla.

También tuvimos placer al dar un estrecho abrazo a ese ratón de los lentos que lleva en el rabo un lazo



CUENTO

La herencia del indio

Un indio bravo llamado Ooó, hijo del rey Uuú, heredó, a la muerte de éste, el mando de la tribu y la mitad de las trece tierras de labor, todas iguales, que poseía Uuú en las afueras del poblado.

La otra mitad pertenecía a su hermana Iíi, casada con el indio Malojo Perro, hombre perverso y criminal, que cuando estaban arando sus campos y tenía hambre, lo mismo le daba merendarse el negro dedo gordo del pie del criado, que un pedazo del morro blando de su buey pacífico.

Ooó estaba desesperado porque el testamento de su padre decía: "La mitad para Ooó, y la otra mitad para Iíi, teniendo Ooó derecho a elegir su mitad." Así es que, al fin, Malojo Perro sería casi tan rico y tan poderoso como el

nuevo rey, y podría vencerle y deshacer la tribu a fuerza de crímenes y salvajadas.

Entonces Ooó llamó a sus tres concejales, que eran morenos como él, y les dijo:

—De ese testamento hay que sacar en consecuencia que yo tenga más poderío que mi cuñado. ¿Qué se te ocurre a ti para ello?

—A mí, nada. Lo pensaré—dijo el concejal encargado de rasgar los sobres de la correspondencia del rey.

—¿Y a ti?

—A mí, nada. Lo pensaré—contestó el concejal encargado de cortar el ala a las gallinas de Ooó para que no se escaparan de la cabaña-palacio.

—¿Y a ti?

—A mí... tampoco se me ocurre nada—respondió el concejal encargado de guisar los caballeros blancos cuando se acercaban.

—Pues ¡a pensarlo todos inmediata-



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

mente!—gritó el rey echándolos de allí a puntapiés de sus pies desnudos.

Si esto hacía el bueno de Ooó, ¿que haría Malojo Perro, que además era bizco?

Cada concejal cogió de los cañaverales una caña fuerte, y sentado a la puerta de su casa hacía en la arena las cuentas deseando dar con la solución, que les valdría el premio del rey, consistente en una camiseta rayada, de esas de ciclista, que se había dejado el último blanco que estuvo por aquí, que por cierto se escapó cuando estaban preparándole la mayonesa.

Era una camiseta envidiable, porque era casi igual a otra que poseía Ooó, heredada de su padre y de su abuelo.

Además, el castigo, si no daban con solución alguna, podía ser prohibirles que se rascaran la nariz con la mano derecha. ¿Y sabéis cómo se hacían esas prohibiciones con esta tribu? ¡Cortándoles el brazo derecho! ¡Nada!

En esto andaban cuando apareció por el camino el Cincomanos, que venía a quejarse, de parte del de la mayonesa, de que comieron carne humana.

Fué recibido por el rey, y Ooó le dijo: —¿Pero tú has probado carne de blanco?

—Yo le aseguro a Vuestra Majestad que no.

—Pues es más rica que un merengue. Además, aquí somos capaces, cuando viene el año malo de cosecha, de comernos el barro cocido de los botijos. Si nos comemos la carne cruda, mejor nos comemos el barro cocido. Y que tus manitas guisadas no deben estar malas.

Cincomanos pasó un mal rato oyéndolo, y Ooó se animó y dijo:

—¡Concejales! Llevadle a la cabañacocina, y que me hagan un caldo con sus sesos.

Verdaderamente asustado, se defendió exclamando:

—¡Oh, señor! Respetad mis sesos, que los dedico a pensar en el modo de hacer el bien.

—¿Pero tú piensas?

—Algo—dijo humilde.

—Pues a ver si piensas el modo de que la mitad de trece prados sea más que la otra mitad.

—Muy difícil es eso; pero si me promete Vuestra Majestad no comer más carne de hombre, lo resolveré. Se lo prometo.

—¿De hombre? Será de blanco.

—Ni blanco ni negro—respondió Cincomanos.

—¿Pero también defiendes al negro?

—A todo lo que tenga vida y no merezca un severo castigo.

—Pues yo te prometo que si la mitad que yo elija es mayor que la otra mitad, en esta tribu no se comerá más carne humana. Palabra de caballero moreno.

Cincomanos pidió que le encerrasen para pensar tranquilo, y le dijeron que allí no había cárceles. Le podían atar o matar. Pero encerrarle, no.

Entonces lo que hizo fué darse unos paseos pensativo, y recordó de pronto un chiste que le enseñaron de pequeño, que consistía en demostrar que la mitad de trece son ocho.

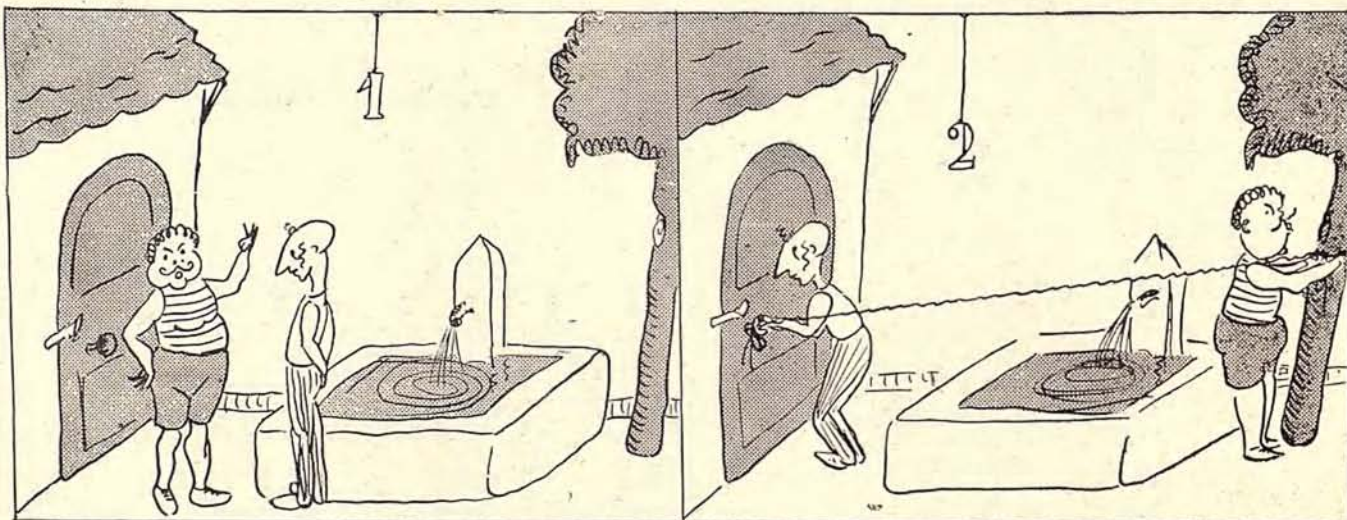
Para lo cual no hay más que ponerlo en números romanos: XIII. Pasando luego una raya por la mitad, la X quedará dividida en una V boca arriba y otra boca abajo, y las íes en íes más chicas. Entonces arriba quedará: VIII.

Le gustó mucho al rey Ooó; llamó a Malojo Perro, sacaron el testamento, pusieron XIII con rayas en el suelo. Eligió Ooó la mitad de arriba, señaló sus ocho prados, y la mitad que quedaba, que eran los cinco prados peores, quedaron para Malojo Perro, que de este modo vivió como pudo, pero sin tener poder para hacer el mal que él deseaba.

Y en la tribu no se volvió a comer carne de hombre, y la camiseta se la regalaron a Cincomanos.

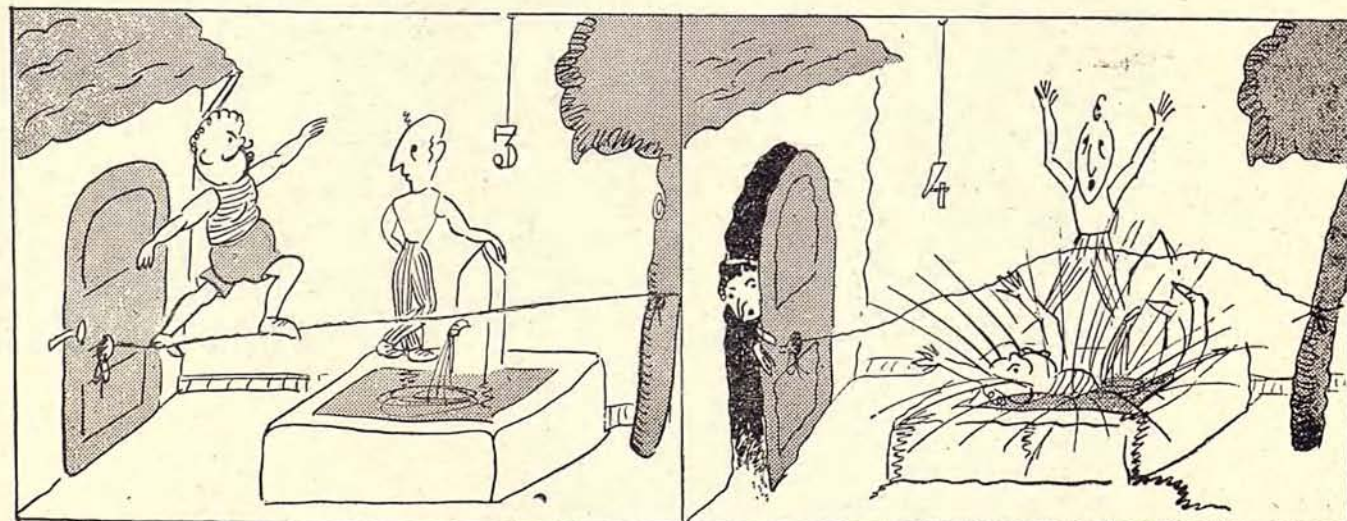
ESTRELLITA

Aleluyas de los colegiales de Villacaballos



“Andando por cuerda soy el fenómeno de hoy.”

El famoso Juan La Cerda fué y se preparó la cuerda.



Por la cuerda andaba Juan como aquel que come pan.

Mas con tan negra fortuna que de pronto abrió la Bruna.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

Este ejemplar pertenece a

El Ratón Bombón

XVII. Guerra de hormigas y otra guerra.

Como a mí me gusta más el andar de pelea por ahí, que la paz calentita de una cuadra, dejé al borrico simpático y me fuí al bosque a pensar en la ruta que iba a dar a mis pasos.

Pensando estaba cuando sentí lejos, lejos, el ruido de unos cañonazos imponentes. Apenas llegaban a mí,

porque la distancia era mucha; pero también es verdad que la misma distancia parecía darles un sonido más miedoso.

Sin duda, se trataba de una guerra. Entonces yo pensé en los ratoncillos de otras épocas, y, sobre todo, en las ratas, que iban detrás de los soldados cuando había guerras y campamentos, y eran una verdadera plaga terrible...

Comprendo que ése era un pecado de mi casta. Pero yo decidí ir también a la batalla, no como pequeña plaga, sino como un soldado casi: como legionario, como esos hombres que se alistan a las Legiones sólo porque les entusiasman las emociones de las batallas...

Tardé dos días en llegar, y no me guiaba más que por algún que otro disparo que sonaba.

En el camino me pasaron algunas cosas desagradables. La primera noche me eché a dormir, y de pronto me despertaron unas extrañas cosquillas y unos mordisquitos de a milímetro.

Y cuando abrí los ojos, me encontré rodeado de hormigas bastante grandes, negras y terribles, que se habían empeñado en darme muerte para devorarme. Tenía una cogida de cada pelo, o poco menos, y les oía exclamar cosas pintorescas, como estas:

—¡Este sí que va a saber rico, con el olor a chocolate que tiene!

—¡Vayan doce al rabo, bien prendidas al lazo!...

Y una que paseaba por mis lomos, que debía ser capitana, dijo:

—Que una sección le quite los lentes negros, a ver si le deslumbra el sol...

Acababan conmigo, si no fuera porque yo empecé a dar saltos mortales para sacudírmelas. Con lo cual no se desprendía ni una; pero alguna exclamó:

—¡Títeres!... ¡Que está haciendo títeres!...

Y entonces comenzaron a soltarse por su voluntad, para ver el espectáculo de acrobacia. Y así que vi que me quedaban pocas, salí corriendo y acabé con ellas. Al día siguiente pasé por donde estaba una liebre con sus hijos, y uno de ellos la dijo:

—¡Madre! Huele a bombones; tráenoslos...

La amantísima liebre salió por mí a todo correr. Yo me deshacía corriendo. ¡Qué velocidad!... Pero la liebre corría más y ya iba a alcanzarme. Entonces tuve suerte. Salieron unos perros detrás de ella. Y todos corriendo, todos corriendo..., hasta que yo me quedé parado como un clavo.

Pasaron la liebre y los perros, y un hombre a caballo que les seguía, todos sobre mí. Una nube de polvo me envolvió. Cuando aquella nube se disipó..., ¡pumba!, me encontré de pronto enterrado, sin sacar más que el hocico y el lazo del rabo. ¡Y otra nube de polvo!...

Me di cuenta de que estaba en plena guerra. Otro casco de granada me desenterró, y volé a la trinchera, aprovechando que todos estaban demasiado distraídos con el tiroteo espantoso. Como que estuve corriendo por allí, y nadie me hacía caso.

Si eres
amigo de
El P. R. G.,
reparte
entre tus
compañeros
de colegio
esos cupones
que te envió
en la plana de
Villacaballos.

No dejes
de leer
lo que nos
dice hoy
el gato
Adivino,
que es muy
importante.

La pierna y el caracol sacan los cuernos al sol

Cuento, por Antoniorrobles

-- Dibujos de Esplandiu --

Allá en Villaconteras de Bastón me encontré a un amiguito mío, compañero de colegio del curso anterior, que estaba sentado en el campo y con una navajita hacía adornos en un palo que sostenía debajo del brazo.

Recuerdo que eran dibujos preciosísimos, que imitaban culebras, sillas, soles, botijos y cigüeñas volando.

Pero mi extrañeza enorme fué al advertir que *Gatete*, que así se llamaba mi amigo, estaba a falta de una pierna, desde la rodilla para abajo.

—¡Amigo mío! ¿Cómo tú en Villaconteras?—me dijo él.

—A pasar el domingo—le contesté yo; y continué diciendo: —¿Y cómo tú sin pierna?

—Sin pierna, sí; pero no sin pata. Mírala—y me enseñó el palo que estaba decorando, que era su pata de palo, la cual se puso y se ató con correas.

—En efecto, ya veo la bella patita que estabas adornándote. Mas cuéntame a qué se debe la falta de ese kilo y medio de carne con hueso.

Comprendiendo él que yo me refería a su pierna ausente, me contó así toda la historia:

—Tú ya sabes lo aficionado que yo era a jugar al «tennis.» Cuando tenía una raqueta en la mano, me volvía loco de contento, dando pelotazos y procurando llegar hasta las nubes, en las que a veces se llegaban a colar las pelotas como en un tejado. Pues bien: una vez yo no tenía pelotas de «tennis», y me puse a tirar con todo lo que encontraba: con piedrecitas, que botaban muy bien en las cuerdas de la raqueta; con bombones, enviándoselos galantemente a las señoritas que estaban asomadas a las ventanas; con huevos crudos, que dejaron en las fachadas y en el suelo una estrella de churretones...; ¡con

todo lo que encontraba!... Y he aquí que lo que encontré fué una bomba que habían puesto en el portal de un coronel unos soldados enemigos disfrazados. Y cogí la bomba, que era redondita; la fuí a botar contra el suelo para probarla, sin saber lo que era..., y estalló, y no sé dónde ha puesto mi piernecita. La estuvimos buscando; pero no dimos más que con un trozo de la cinta de un zapato, que todavía estaba vivo y se movía como el rabo cortado a una lagartija. Conque ya sabes la historia de ese kilo y medio de carne con hueso, como tú lo has llamado. Luego me curaron, me cosieron..., y divinamente.

—¿Y estás contento?

—No; esto es muy incómodo. Tú te acordarás de que yo no dormía nunca la siesta, y era ésa una hora que pasábamos jugando en la sombra de algún jardín, ¿verdad?

—Así es—le contesté.

—Bueno, pues ahora tengo que dormir. Mira que es desgracia.

—¿Y por qué has de dormirla? A lo cual me contestó mi pequeño amigo *Gatete*:

—Pues porque todos están durmiendo a esa hora, y dicen que hago

mucho ruido con la pata al andar, y hasta me echaban agua desde las ventanas y los balcones al oírme por la acera. Menos mal que era a la hora del calor. Pero me estropearon un traje de marinero y un caballo de cartón, que con el agua se puso pachucho como unas sopas de ajo. Y como con esta pata no sé andar de puntillas, tengo que tumbarme y dormir y callar.

—¿Y qué otros inconvenientes tiene esto para ti?

—Que no puedo jugar al fútbol, como no sea que haga de palo de portería—me contestó *Gatete* con mucha gracia. Y siguió sus penas: —No puedo tampoco jugar al marro, porque si me toca echar a pies, no acabaría en dos horas, porque esto es un pie de dos centímetros escasos...

—Claro, claro. Y dime: ¿te hacen una bota especial?

—¡Ca! No lo creas. Unos días llevo en el pie bueno la bota de la derecha, y otros días la de la izquierda; así es que el pie que vive tiene ya su dedo gordo en el centro, y a los lados los pequeñitos.

Le dije al colegial que me contara las cosas que le hubieran pasado por ahí con motivo de su pata de palo, y me dijo:

—Hace unos días vino el perro de un guarda ladrándome. Yo me asusté un poco, lo confieso, y quise echarle, amenazándole con el palo de la pata. Entonces le dió eso mucha rabia: se tiró, furioso, y me agarró la madera. Yo di un grito que hasta hizo huir al animal, y llorando me agarré la pantorrilla de palo... Y cuál no sería mi extrañeza, amigo mío, al advertir que no tenía sangre, ni dolor, ni nada. Y es que me había hecho la sensación de que la pierna era completamente mía.

—Lo comprendo—le dije. Y es verdad que lo comprendía.

Después me contó otra aventura.



el perro,
el ratón y
el gato...

Y fué que una vez iba andando por el campo, metió la pata en un agujero, y cuando quiso sacarla salía prendida una víbora, que luego trepó enroscada hasta llegarle al bolsillo y cogerle el chocolate que llevaba para merendar.

A él le llamaban todos los chicos y chicas para que hiciera en el suelo todas esas rayas que se hacen en la tierra para mil juegos, como el tejo, los años, el peón...

El hacía los *guas*, y, en fin, le ataban unas hierbas secas a la pata y barría los campos de fútbol cuando había partido importante.

Entre la pata y la carne ponía una almohadillita pequeña. Como estaba un poco quemada, le pregun-

Luego estuvo explicándome *Gatete* todos los picos de la sierra aquella y los tejados más importantes del pueblo, y los señalaba siempre con su pata, mejor que con el dedo índice.

Y allí nos despedimos, porque pronto era la hora de marcharse mi tren.

Al cabo de seis o siete años volví a Villaconteras de Bastón.

Pregunté por el cojo, y los alguaciles y los muchachos de la plaza me decían todos lo mismo:

—¿El cojo? Pero si aquí no hay ningún cojo. Sólo hay un tuerto, un manco y un sordo...

Por fin vi en la calle a mi amigo

cantar esa especie de letanía que dice:

*Caracol, caracol,
saca tus cuernos al sol...
Caracol, caracol,
saca tus cuernos al sol...*

Hacía un sol espléndido—añadió *Gatete*—, y lo dije cuatro o cinco veces, y vi que como una media de deporte de esas que vuelven las mujeres para coserlas, empezó a crecer, a salir de dentro de ella misma, mi pierna desaparecida... Aterrado por aquello, me atreví a tocarlo para darme verdadera cuenta de lo que era..., y como un cuerno de caracol al que tocas con un dedo, se encogió mi piernecita otra vez... ¡Oh, qué pena!... Pero volví con paciencia a cantar lo de *Caracol, caracol...*, y poco a poco volvió a salir hasta la misma puntita del pie. Y aquí lo tienes...

—¡Bravo, amigo *Gatete*!—exclamé yo—. Eres el hombre de la suerte—. Y le abracé y me fuí al tren.

Lo malo es que yo una vez me corté un dedo al coger más salchichón del debido para un bocadillo. Entonces puse la falta de mi dedo frente a mis ojos y empecé la letanía:

*Caracol, caracol,
saca los cuernos al sol...*

Mas como soy bizco y me miro la puntita de las narices sin querer..., creyeron las narices que era por ellas, y empezaron a crecerme, a crecerme..., y hoy son tan largas que, para dar la vuelta en una calle estrecha, tengo que maniobrar con marcha atrás, como los automóviles.

¡Qué mala suerte tengo!...

té que por qué era, y me contestó:

—Es que mi hermano Wenceslao es tan bueno conmigo, que se ha casado con una planchadora sólo para que no me falten almohadillas, y me regalan todas las semanas las de agarrar las planchas. Pero tengo una almohadilla de seda, preciosísima. Tiene cuatro borlas de oro colgando y es como las que ponen a los reyes para que se arrodillen en las grandes solemnidades de las iglesias. Sino que más chica.

—En eso haces bien—le dije yo—, porque, al fin y al cabo, tu rodilla rota debe recibir tus mimos; ¿no te parece? ¡Pobre rodilla rota!

Terminó diciéndome que pescaba atándose un hilo a la pata, y contándome que, una vez que los enemigos entraron en Villaconteras de Bastón, él se caló una bayoneta en la patita famosa y les pegaba patadas en el sitio de sentarse o en las espaldas.

Gatete. Caminaba tranquilamente con sus dos piernas, y ya era un mozo de veinte años.

—¡*Gatete*!— Le abracé y le pregunté con impaciencia: —¿Es de goma tu nueva pierna?

—¿De goma? ¡Tú estás loco! Es de carne y bien de carne, como las dos tuyas. Y si quieres probarlo, muérdeme una pantorrilla...

—Pero ¿tú no eras el que un día, en el campo, me hablaba de una pata de palo?—le pregunté, extrañado.

—Sí, sí; yo era.

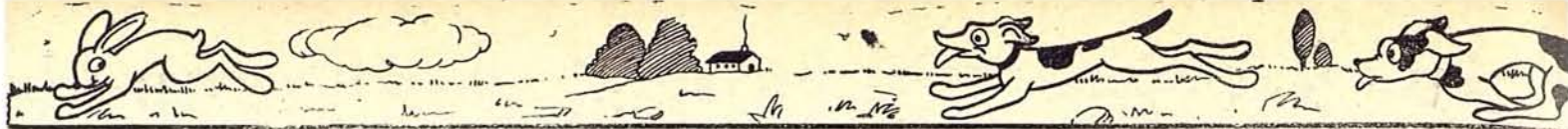
—Entonces, ¿por qué ese cambio?

Gatete me lo contó todo de esta forma:

—Estaba yo tumbado una mañana, después del baño, en la playa de San Serrucho, y como estaba casi desnudo y sin la pata, se veía la costura que me hicieron en la rodilla rota, aunque ya no hay tal costura. Entonces se me ocurrió empezar a



el perro,
el ratón y
el gato...



El pre- gone- ro

Don Mochales
Valentón,
el vencedor del
dragón.



RESPETABLE público:

De orden del Excmo. Sr. Alcalde de Villacaballos de Cartón, todo "ciudadano" de menos de quince años está obligado a leer el próximo número de **EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO**, que contiene algunas cosas de gran maravilla.

Una de las cosas más bonitas que se publican en él es la Alameda de Villacaballos de Cartón.

¿Que qué es eso de la Alameda de Villacaballos?... Una alameda como otra cualquiera; o sea que en ella hay guardas, vendedores, paseantes, barquilleros y niños. ¡Qué bonito es este pliego de Villacaballos!...

Los partidarios del Ratón Bombón se van a llevar un disgusto cuando sepan que el ratoncete se dedica al cuidado y limpieza de unos fusiles, y eso le cuesta que le peguen un tiro que le deja el rabo hecho unos zorros. También se cuenta cómo salvó a un prisionero.

Tinita, la gran cronista de Bely y de Chin, escribe esta semana unos párrafos que dicen cómo complicaron a un elefante para que salvara a dos pececillos de colores del terrible aburrimiento que es una pecera.

El Príncipe PP... (¡qué gran alegría voy a daros!), el Príncipe PP encuentra, ¡al fin!, la flor que cura del mal a su hermano, el príncipe heredero. Sólo por esta gran noticia, todo el mundo leerá **EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO**.

Y no nos olvidemos de Carloto Perra, que salva a todos, ¡a todos!, ¡a todos!! los habitantes de la Tierra de un terremoto que hubiera costado a todos, ¡a todos!, la vida.

El Naturalista, hombre sabio y simpático, va a contarnos esta vez lo que son los gusanos de luz y otros luminosos animales. Bonito tema, ¿no es verdad, queridos lectorcitos?

¿Y lo que nos cuenta el sábado Lauro de la Sandía, refiriendo las mágicas cosas del Mueblista?... Dice que una mesa de pino se empeñó en ser burro, ¡y que quería ser asno!, ¡y que quería ser inmento!..., y que lo fué. ¿Por qué lo fué? Yo os lo diría; pero casi es mejor que lo veáis en el próximo número...

Uno de los cuentos más bonitos que se han publicado en **EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO** es el que viene el sábado, que se titula "Don Mochales Talentón, el vencedor de Aragón", y entre sus ilustraciones hay un señor con sombrero de cona y una banderita de esas que ponen las mujeres al paso del tren...

Por cuanto a las respuestas de la página de atrás, fíjados bien lo que os voy a decir: habla de un niño que le preguntan que qué quiere ser, ¡y dice que "guardia de la porra"!...

Nada, nada; que hay que comprar el próximo número.

¡Ya lo creo!...

El mago boti- jo.



Una colonia
infantil madrileña
en El Escorial.



EL Mago Botijo, o sea un servidor de ustedes, ha tenido el gusto de charlar con un chiquillo que a la estación del Norte, de Madrid, llegaba en tren con cuarenta o cincuenta niñas y niños, todos de blanco.

—¿Cómo te llamas?—le pregunté.

—Pepe.

—Muy bien. ¿De dónde vienes?

—De El Escorial.

—¿Quiénes son todos estos niños?

—La colonia escolar de la Sociedad de Amigos del Niño.

—¿Y por qué venís?

—Porque se ha terminado nuestro verano...

—Cuéntame, cuéntame. Yo escribo en un periódico de niños que se llama **EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO**...

—Lo conozco. Nos lo enviaron a la colonia.

—Bueno, pues como escribo en ese periódico de niños, quiero contar a los niños cómo se atiende a los niños...

Entonces Pepe, con su vestidito blanco, me contó que hay en Madrid una Sociedad que se llama de Amigos del Niño, de la que es alma D. José Gallo de Renovales, y de la que nos ocuparemos extensamente.

Y me contó, también, que esa Sociedad ha organizado una colonia escolar, para que unos cuantos madrileños de familias de clase sencilla y humilde no pasen el calor de Madrid.

De modo, queridos niños, que ya veis cuánto se os quiere, cuánto se os estima... Antes no se preocupaba la gente apenas de los niños. Pero ahora, ya lo veis: mucho.

—Bueno, amigo Pepito, cuéntame qué hacíais en El Escorial.

—¡Qué bien lo hemos pasado!—me contestó—. El Ayuntamiento nos preparó unos locales magníficos. El pueblo nombró madrinas para cada uno de nosotros, que nos hacían regalos. La colonia veraniega organizó fiestas en nuestro honor y para nuestro beneficio..., y hasta tienen la idea de hacer una casa en el pinar, sólo para las colonias infantiles... ¡Aquel campo tan bello!

—Ya ves, amigo Pepe—le dije—, cómo donde vaya un grupo de niños o niñas, todos se desviven por protegerles y divertirles. Y, dime, ¿que vida hacíais? Pepe me contestó:

—Nos levantábamos a las siete y media de la mañana. Teníamos buenos lavabos. Después del desayuno nos llevaban al campo, donde teníamos dos tiendas de campaña. Luego almorzábamos, casi siempre en el campo, y reposábamos hora y media todo lo más quietos que podíamos. Luego, juego, merienda, cena... y a la cama a las diez. Claro que antes teníamos nuestras horas de lectura en libros y periódicos. Como que hasta teníamos cuatro o cinco compañeros, y otras tantas niñas, aficionados no sólo a leer, sino también a recitar versos, y nos daban grandes fiestas íntimas.

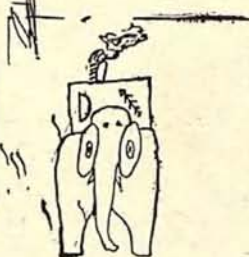
Me despedí, porque habíamos llegado a la puerta de su casa.—*El Mago Botijo*

La persona, el animal y el mueble

Bases que habéis de leer con mucha atención antes del envío, si no queréis que el dibujo se caiga en el maldito cesto:
 1.ª—Cada uno de los dibujos vendrá acompañado del CUPON.—2.ª Sus cuatro lados tendrán exactamente SIETE CENTIMETROS cada uno.—3.ª Estarán dibujados con tinta NEGRA.—4.ª Tendrá una persona (sea hombre, mujer, niña o niño), un ANIMAL (insecto, pez, ave o cuadrúmano, si no es copia de uno de los tres bichos de este periódico) y un MUEBLE o un cacharro.—5.ª Se acompañará muy CLARO el nombre.—6.ª Pondréis la siguiente dirección: "EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO. Dibujos. Apartado 33. Madrid."



313.—Ofelia Santonja. Madrid.



314.—Angel Descalzo. Valladolid.



315.—Ofelia Santonja. Madrid.



316.—Angel Descalzo. Valladolid.



317.—César Colmena Solís. Madrid.



318.—Luis Fernández García. Almería.



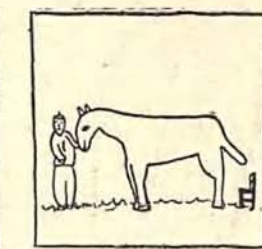
319.—Victoriano Pardo. Madrid.



320.—Carmen S. Ramos. Ampudia (Palencia).



321.—Carlos Ripoll. Toledo.



322.—Guillermo Miralles. Madrid.



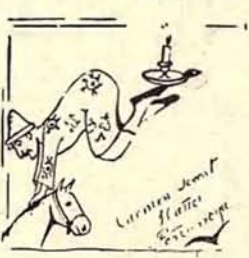
323.—Carmen S. Ramos. Ampudia (Palencia).



324.—Carmen Agudo. La Garganta (Ciudad Real).



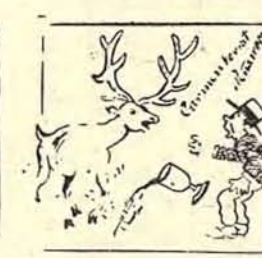
325.—Fernando Collar. Madrid.



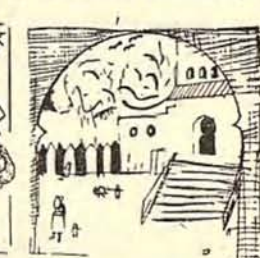
326.—Carmen Serrat. Peñarroya (Córdoba).



327.—Carmen Agudo. La Garganta (Ciudad Real).



328.—Carmen Serrat. Peñarroya (Córdoba).



329.—Angel de Fuentes. Tetuán.



330.—Mario Coll. Gandía (Valencia).



331.—Victoriano Pardo. Madrid.



332.—Vicente Marín. Valladolid.



333.—Francisco Morillo. Madrid.



334.—Victoriano Pardo. Madrid.



335.—Manuel Paz. Ronda (Málaga).



336.—Andrés Ortiz. Madrid.

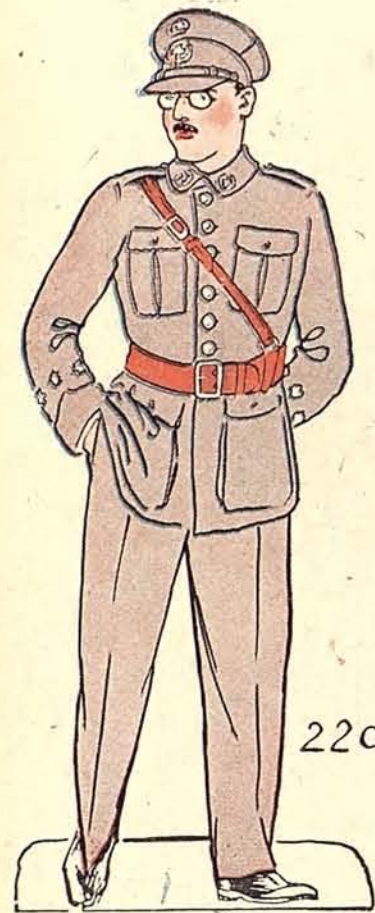
COMENTARIOS QUE HACE EL GATO ADIVINO MIRANDO LOS DIBUJOS INFANTILES

313. (Capicúa). Bellos paseos para llegar a la casa encantada, que ha dibujado Ofelia; casa encantada por la pluma de la artista.—314. ¡Qué saladisimo! Este Angel es el demonio. ¡Qué dibujo tan estupendo!—315. Nunca había visto un sol ladeado. Hace muy bien, ¿verdad amiguita?—316. Angel hace cosas maravillosas. ¡Muy bien ese árbol imitando humo!—317. La obra de César está muy bonita. Pero... me da angustia ver al niño sin poder coger la pelota.—318. Luis ha tenido una ocurrencia graciosa de veras, ¿eh?—319. Si ese loro hablara, diría: "Estoy dibujado a las mil maravillas".—320. Estoy inquieto por si el niño de Carmen se cae de espaldas, con esa cabezota tan salada.—321. ¿Qué tiene ese arroz, Carlos amigo, que huele tan

bien?—322. ¡Que susto me he llevado! Creí que daba una coz a la silla, pero es el rabo. El dibujo es muy bueno.—323. (Capicúa). El chico se da por vencido y hace bien. ¡Pobre mariposa! Bien, Carmencita: has tenido una buena idea con eso de que no coja la mariposa.—324. Cómo le gustan a ese muñeco de Carmen las frutas. A mí también me gustan muchísimo las que tú pintas.—325. Está bien la idea de poner la persona, el animal..., etc. Pero que muy bien.—326. Oye, Carmen, ¿quieres que le pongamos un cubo de agua al caballo, a ver si bebe y se monta el "clown"?—327. Hoy se dan Cármenes, y todas guapas. Tanta hay como bellos copos en este hermoso paisaje de invierno.—328. Chiquilla, este ciervo esta bien

dibujado, el agua se transparenta.—329. Oye, oye, Angel: veo que te has empapado bien en el ambiente.—330. Hay que fijarse bien este dibujo como de sombras, que tiene todos los detalles. Lo ha dibujado Mario.—331. ¡Qué pájaros, qué nubes, qué balustrada. Es que aquí, Victorianete, es un artistazo.—332. ¡Qué linda ilustración ha hecho Vicente para el cuento de Caperucita!—333. (Buen capicúa) ¡Buen toro! ¡Buen dibujo! ¡Buen dibujante es Paco!—334. Este chico tiene ya toda la técnica de los profesionales. Este será dibujante.—335. El gato dice "miau" pidiendo agua, pero el hombre dice que "miau", que no se la da; ¿verdad, Manolo?—336. ¿Habéis visto qué dibujito tan detallado y admirable ha hecho Andrés?

Todo el pueblo de Villacaballo de cartón



220



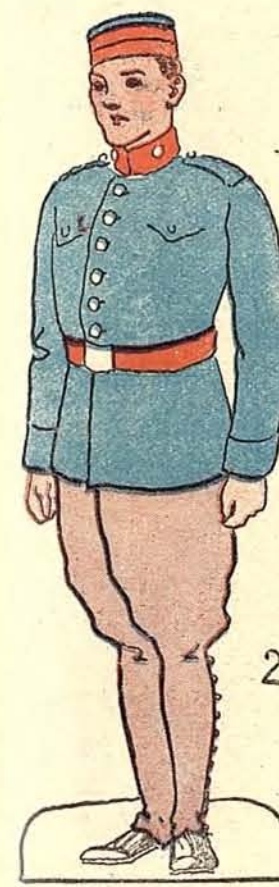
221



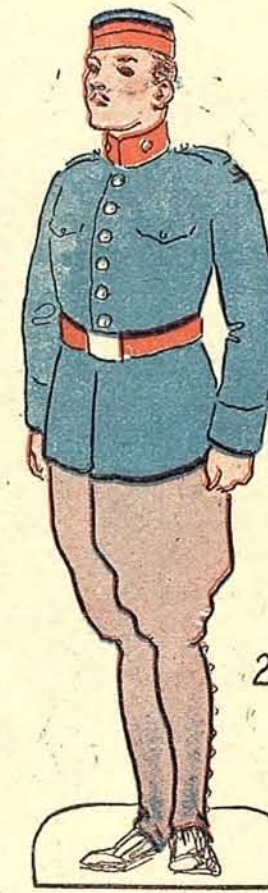
222



223



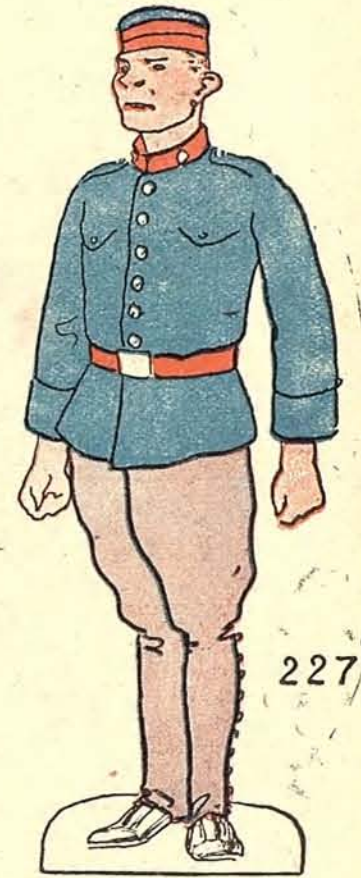
224



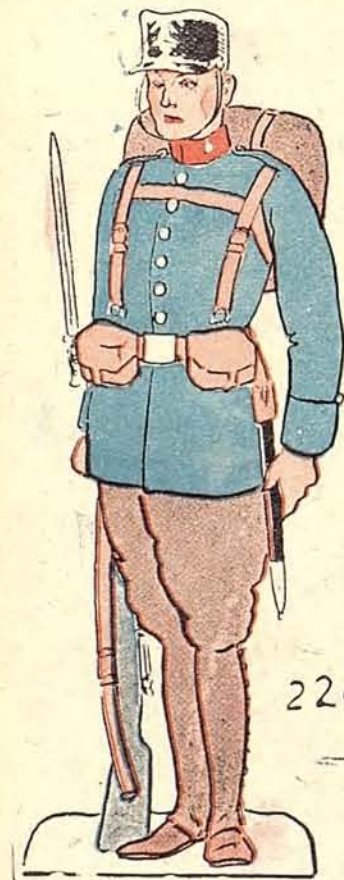
225



226



227



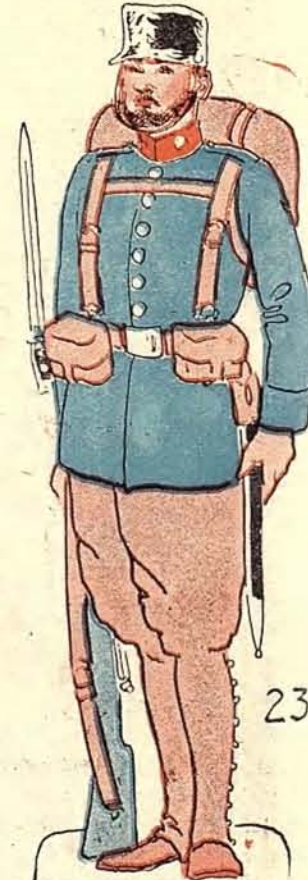
228



229



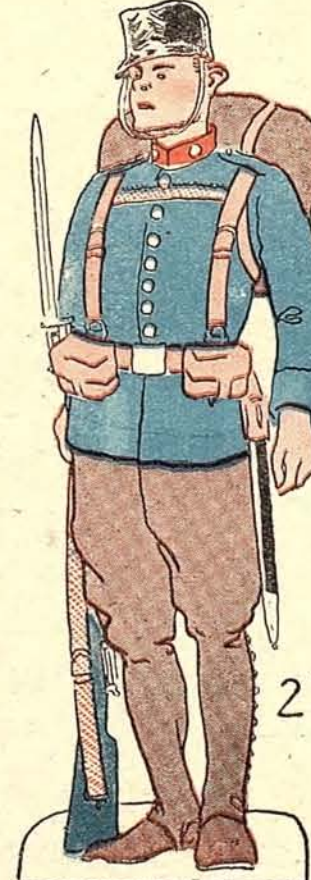
230



231



232



233



234



235

PLIEGO DIECISIETE.—Sigue hoy, y termina, la Infantería villacaballense.—220. El doctor Arpillera, médico militar que extrae las balas con gran limpieza y a un soldado no le encontraba una, y es que la tenía en el bolsillo.—221. Don Ramón Tres, cura del Regimiento, que regaña muy cariñosamente a los soldados porque por las noches tocan la guitarra en el campamento.—222. Este es Ramiro, el asistente del coronel, que una vez le mandó por un paquete de desperdicios para la perra y se confundió y llevó un piquete de guardias de la porra.—223. El cabo instructor de quintos, que cuando ellos están torpes se da duchas para que se le pase la rabia.—224 y 225. Los quintos de cuota

Fernando y José María, que saben cumplir.—226. El quinto Tirso, que imita a los pájaros muy bien.—227. El quinto Amadeo, un poquillo torpe, que se le dice: "¿Cuál es la derecha?" "Esta." "¿Y la izquierda?" "Esta también."—228, 229, 230, 231, 232, 233 y 234. Los soldados Pedro, Miguel, Félix, Francisco, Diego, Esteban y Domingo (que tienen, por casualidad, los mismos nombres que Calderón, Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Velázquez, Murillo y el Greco).—235. El cabo Avellana, que una noche pegó un tiro a una camisa del capitán que estaba tendida en una cuerda y se movía con el viento. (Dibujos de Oscar.)

LA FRASE DE DON QUIJOTE

La frase que se publica en el número 17 pertenece al capítulo

(Este cupón no se enviará hasta no reunir 40 o 42 de esta serie.)

Compra EL PERRO, EL RATON Y EL GATO desde el número próximo. Pueden tocarte mil pesetas y muchos juguetes, y trae numerosos cuentos, historietas y dibujos.

Compra EL PERRO, EL RATON Y EL GATO desde el número próximo. Pueden tocarte mil pesetas y muchos juguetes, y trae numerosos cuentos, historietas y dibujos.

Compra EL PERRO, EL RATON Y EL GATO desde el número próximo. Pueden tocarte mil pesetas y muchos juguetes, y trae numerosos cuentos, historietas y dibujos.

Compra EL PERRO, EL RATON Y EL GATO desde el número próximo. Pueden tocarte mil pesetas y muchos juguetes, y trae numerosos cuentos, historietas y dibujos.

Compra EL PERRO, EL RATON Y EL GATO desde el número próximo. Pueden tocarte mil pesetas y muchos juguetes, y trae numerosos cuentos, historietas y dibujos.

Compra EL PERRO, EL RATON Y EL GATO desde el número próximo. Pueden tocarte mil pesetas y muchos juguetes, y trae numerosos cuentos, historietas y dibujos.

CUPON para enviar un dibujo

No se remita sin saber bien las condiciones del concurso.

LO QUE TODO EL MUNDO DEBE SABER

Por 5 pesetas

muchas revistas

Por 5 pesetas

muchas revistas

5 pesetas ponen en sus manos
todos los meses

4 números de "La Raza"

revista gráfica semanal, reflejo de la actualidad palpitante en todas las manifestaciones de la vida nacional y extranjera. 40 CENTIMOS

4 números de "El perro, el ratón y el gato"

el semanario de las niñas, los chicos, los bichos y las muñecas. El mejor periódico infantil de España. 40 CENTIMOS

4 números de "La Novela de Hoy"

que publica todas las semanas una novela corta, original e inédita, de una firma de alto prestigio literario. 30 CENTIMOS.

2 números de "La Gaceta Literaria"

publicación quincenal que abarca todo el movimiento literario de nuestra época, nacional y extranjero, de total integración hispánica. 30 CENTIMOS.

1 número de "Cosmópolis"

gran revista mensual de alta literatura y de información mundial. Arte, ciencia, teatros, deportes, cine, modas, etc., etc. UNA PESETA

1 número de "Libros"

Boletín mensual de la producción bibliográfica española e hispanoamericana. Todas estas publicaciones las ofrecemos en *suscripción combinada especial* por SESENTA PESTAS al año, que podrán pagarse mensualmente, a cinco pesetas, teniendo en cuenta que esta suscripción combinada especial sólo la admitiremos los meses de julio, agosto y septiembre.

Además, presentando en cualquier librería Fe el recibo corriente de dicha *suscripción combinada especial*, se obtendrá el 15 por 100 de descuento sobre el precio de la obra que se desee adquirir del fondo del catálogo C. I. A. P. (Editoriales Renacimiento, Mundo Latino, Estrella, Atlántida, Mercurio y Ciencia y Arte.)

Otendrá asimismo el suscriptor, merced a los concursos para señoras, para niños, para escritores, dibujantes y vendedores, premios de miles de pesetas, espléndidos regalos y juguetes.

LIBRERIAS C. I. A. P.:

Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15. Librería Renacimiento, Plaza del Callao, 1. Librería Fe, Príncipe de Vergara, 42 y 44, Madrid.—Librería Barcelona, Ronda de la Universidad, 1, Barcelona.—Librería Fe, Campana (junto a Sierpes), Sevilla.—Librería Fe, Mariano Catalina, 12, Cuenca. Librería Fe, Isaac Peral, 14, Cartagena. Librería Fe, Larga, 8, Jerez.—Librería Fe, Avenida de la Libertad (esquina a Idiáquez), San Sebastián.—Librería Fe, Real, 24, Coruña.—Librería Fe, Paseo de la Independencia, 23 y 25, Zaragoza.

D.

Residencia

Se suscribe a "Cosmópolis", "El perro, el ratón y el gato", "La Raza", "La Gaceta Literaria", "La Novela de Hoy" y "Libros", cuyo importe anual de 60 pesetas pagará por comenzando en el mes de

Fecha:

Firma:

Ciap. Apartado 33. Madrid.

Por 5 pesetas

muchas revistas

Por 5 pesetas

muchas revistas



El almirante ha hecho la suscripción combinada, porque toda persona de buena posición social debe recibir todas esas revistas.

(Véase el anuncio.)



El marinero ha hecho la suscripción combinada, porque toda persona, de cualquier posición que sea, puede recibir esas revistas.

(Véase el anuncio.)

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



EL Príncipe PP sigue sus aventuras en busca de la flor que ha de curar a su hermano, enfermo por los gases axfisiantes de la guerra.

Después de atravesar el desierto de difícil manera, como ya dijimos en el anterior capítulo, caza una cebrá con lazo, y en ella se lanza a la aventura.

Sabe que le entrará en el bosque espeso, y allí podrá dar con infinitas plantas desconocidas, alguna de las cuales podría resolverle sus deseos.

Y en efecto, la cebrá salvaje se lanza en una carrera desenfrenada, imponente, loca, dando brincos y tirando coces.

Pero el príncipe es buen deportista, buen jinete... y llega sin novedad a la espesura de la selva.

Lo primero que le preocupa es subir a un plátano y comer de su fruta. Después, buscar las tranquilas aguas de un río, para lo cual baja una falda espesa.

Y allí se encuentra, de pronto, con seis o siete negros, de fieras caras, que se le echan encima, porque precisamente estaban astutamente escondidos para la caza.

¡Oh, qué exclamaciones de alegría! ¡Qué griterío tan extraño! ¡Qué risas tan miedosas!...

Dos de ellos, altos como pinos, le cogen y le llevan hacia el poblado. Ya era casi de noche. Todos dormían. Sólo los perros le ladraban, mientras los dos negros le iban atando a una estaca puesta en pie, hasta la hora de comerle.

Pero no le ataron de cualquier manera, no. Le ataron todo él, sin dejar libre más que la cabeza. Y eso, tal vez porque la estaca no era más alta.

Después volvieron a su puesto de caza, con los otros cazadores del mismo color.

Ya tenemos al Príncipe bien seguro de que su fin ha llegado, sin haber alcanzado aún la flor deseada, que seguramente estaría en aquella selva tan llena de extrañas plantas.

Los perros aun le siguen ladrando. Entonces tiene una idea que tal vez fuera salvadora.

¿Vosotros habéis visto a un Príncipe ladrar? ¿No? Pues aquí tenéis a PP ladrando con todas sus fuerzas a los flacos canes del poblado negro.

Seis, siete, ocho perros le ladran, enseñándole los colmillos agudos y blancos...

Por fin, uno de ellos, más fiera que los otros, se decide a morderle. Se encuentra con la cuerda, tira de ella; y otro perro, animado por ello, hace lo mismo, y todos igual.

En un momento el Príncipe se encuentra libre de cuerdas, pero con seis o siete mordiscos. Entonces puede coger a uno de los canes por las orejas, se lo echa a la espalda, y con todas sus fuerzas lo arroja al suelo, dándole muerte.

Los otros huyen, y el Príncipe se va al río, donde se lava las heridas y se pone tiras de su camisa.

El príncipe pp



A punto de ser comido por unos altos negritos.



Yo sé lo que vamos a tener que hacer con este sinvergonzón de don Dedos, que cada vez es más travieso.

Lo que hizo el otro día fué una travesura muy graciosa, pero un poquito cruel. Veréis lo que pasó.

La mamá de este Nito Tambor, que, como ya sabéis, es dueño de la mano de donde sale siempre el manco don Dedos, mandó a su niño a la tienda de ultramarinos para que comprara una libra de chocolate.

Pronto, mientras le despachaban al niño, salió don Dedos, porque el mostrador estaba a buena altura para andar por él.

Al principio no hacía más que correr de un lado para otro, dando puntapiés a un terroncito de azúcar que se había caído al pesar medio kilo.

Poco a poco lo fué acercando, y de pronto lo cogió con su bracito del dedo gordo y se lo regaló a Nito, poniéndole el pedacito blanco en la boca.

Pero no conforme con esto, y como tardaban en despacharle, se acercó el manco a unas columnas de botes de tomates y de pimientos, de esas que ponen en las tiendas de ultramarinos desde el mostrador al techo.

Y empezó a dar pataditas y más pataditas, gustándole observar que todo aquello se bamboleaba bastante.

Una de las veces, don Dedos tomó carrerilla por el mostrador y pegó tan fuerte puntapié en las columnas de la izquierda... que, de pronto, se las vió temblar más que nunca, inclinarse arriba... y caer al suelo cien botes con un estrépito imponente, como una bomba, rodando todos por el piso, si no es que se habían doblado por un costado, o no habían estallado, como les pasó a cuatro de ellos, lanzando el tomate hasta la cara de algunas criadas y manchando las paredes.

¡Qué gritos! ¡Qué sustos! Como las cocineras son tan exageradas, las hubo que hasta se desmayaron.

Entraron guardias y mucho público, y el pícaro de don Dedos se escondió en el bolsillo, sacando un ojo para ver lo que pasaba.

Nito estaba discutiendo con el dependiente. Decía que él no había sido...

Entonces le dijeron:

—Si no pagas los cuatro botes que se han roto, te entregamos a estos señores guardias.

¡Pobre Nito Tambor! ¡Le llevarían a la cárcel! ¡No, no! ¡Pobre niño!

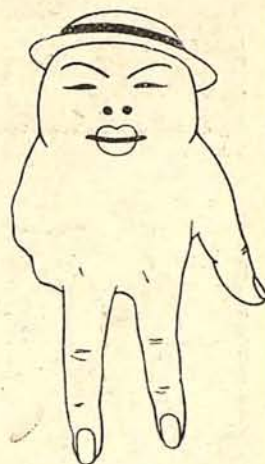
Por eso don Dedos, al oír lo de los guardias, sacó un duro, que estaba en el bolsillo con él y que era el que la mamá de Nito había dado para chocolate. Lo puso sobre el mostrador, lo echó a rodar y, corriendo detrás como con un aro, lo entregó al de la tienda.

Luego, en casa, ¡qué regañina! La madre volvió a decir al papá:

—Por travieso, vamos a tener que cortarle la mano a este chico.

Claro que luego no lo hicieron.

El manco don dedos



El desmayo de las cocineras. Un aro de plata.



CURA INESPERADA



Los do- min- gos

de Chin y Bely



Este domingo *Bely* decía que tenía ganas de merendar.

Realmente, *Bely* hacía muchas obras buenas, cuando le salían al paso; pero, como os hemos dicho más de una vez, a ella lo que le gustaba era divertirse los domingos.

Y por eso cogió merienda para *Chin*, para alguna fierecilla que se les acercara y para ella.

¿Qué merienda cogió? Una sandía. Pero, chiquillos, una sandía grande, como tres o cuatro cabezas juntas. Y bastante pesada. Como que para llevarla tuvieron que cortar una rama con hojas, echarla encima e ir tirando.

Menos mal que les salió una cebra al camino, olió la fruta, y dijo:

—Yo me encargo de llevarla, si me dais luego a mí todas las mondaduras...

—Trato hecho.

Y la llevó con cuidadito, cogida por el rabillo. Como que al final le dolía el cuello a la pobre cebra, por motivo del peso.

Cuando llegaron a un arroyuelo tranquilo, la niña *Bely* se sentó en la tierra, con la sandía entre sus piernecitas, y *Chin* al lado.

Los dos tamborilearon como pregoneros sobre la fresca y sonora fruta, y, como un pregonero también, *Bely* exclamó:

—Respetable público: Los animalitos que quieran comer de esta gran sandía, que acudan, que brinquen, que lleguen. Para todos habrá..., si no somos muchos.

De un árbol se descolgó un mono, que venía ya guiñando un ojo por la satisfacción.

Por la selva apareció un tigre viejo, al que le pareció bien comer sandía, porque no tenía ya los dientes para carne cruda.

Y descendió por el aire una lechuza muy pintoresca y rara... Y del arroyuelo surgió un besugo, que dijo con cara de hambre, alegre:

¡A mí, todas las pipas!...

De modo que iban a comerse la sandía entre *Bely*, *Chin*, la cebra, el mono, el tigre, la lechuza y el besugo.

—Yo la chupaba por el rabillo, como si fuera horchata con paja, y el poco jugo que me ha llegado estaba riquísimo—dijo la cebra.

—Si queréis, la calo de un zarpazo—propuso el tigre.

—No, no—exclamó la lechuza—; por que te quedarás algo entre las uñas.

Y el besugo exclamó, sacando la cabeza:

—Debéis ponerla a refrescar en el agua...

—¡Nunca!—gritó el mono—. Te co-

nozco. Le haces un agujerito por abajo y te la comes poquito a poco...

Chin dijo:

—Bueno; basta de conversación. Aquí lo que hace falta es empezarla.

Entonces *Bely* sacó un cuchillito de postre, y cuando iba a rajarla, la sandía se abrió sola, como una boca nada más; sobre la boca le salieron como dos ojillos chiquiritines, y dijo estas palabras:

—*Bely*, amiga mía: ¿qué vas a hacer conmigo?...

Y se cerró, y desaparecieron sus ojos.

Bely la acarició con mimo, y exclamó:

—Señores: hoy no se merienda.

—¿Que no se merienda? ¿Que no se merienda, después del pregón que has echado?... ¡Ya lo veremos!—dijo el tigre.

—¿Que no se merienda? ¿A que sí?—añadió el mono.

—No, no—dijo entonces *Bely*—; no se merienda, porque esta sandía es una cabeza, que está tan viva como nosotros. Y si queréis que nos la comamos, ha de ser en una cena en que haya rabo de tigre con judías, solomillo de cebra, sesos de mono, pechuga de mochuelo y besugo asado. ¿Os conviene?

Aquellos bichos empezaron a gruñir, y a la voz de mando del viejo tigre atacaron a *Bely* para cogerle la gran fruta. Pero la niña fué y la tiró por la falda del monte, diciéndola:

—Si tienes vida, sálvate.

Bajaron corriendo detrás todos ellos. Mas no la alcanzaron, porque rodaba por donde la convenía, y llegó hasta a desaparecer.

El viejo tigre, que era el que llevaba la voz en este ataque, se volvió contra la niña y fué a morderla. Entonces ella, con un bombón en la mano, se dejó coger la mano por la fiera. Pero el animal no tenía dientes..., y en cambio sintió el bombón, y lo chupó, y se le pasó la fiera.

Pero todavía se fué gruñendo y malhumorado, y con él la cebra y la lechuza.

El besugo se metió en el fondo, y mandó una pompa que al estallar dijo:

—Estúpida; nos has engañado...

El mono fué el que la dijo:

—Ten cuidado con las bromas, porque un día te pueden costar caras—. Y se fué.

Descendían *Chin* y *Bely*, y dijo la niña:

—Siento mucho lo que ha pasado, chiquilla. No me acordaba de que a veces las sandías son las cabezas de su planta. ¡Pobre! La hemos salvado milagrosamente, y expuestos a morir. Ahora, ¿qué quieres que te compre?

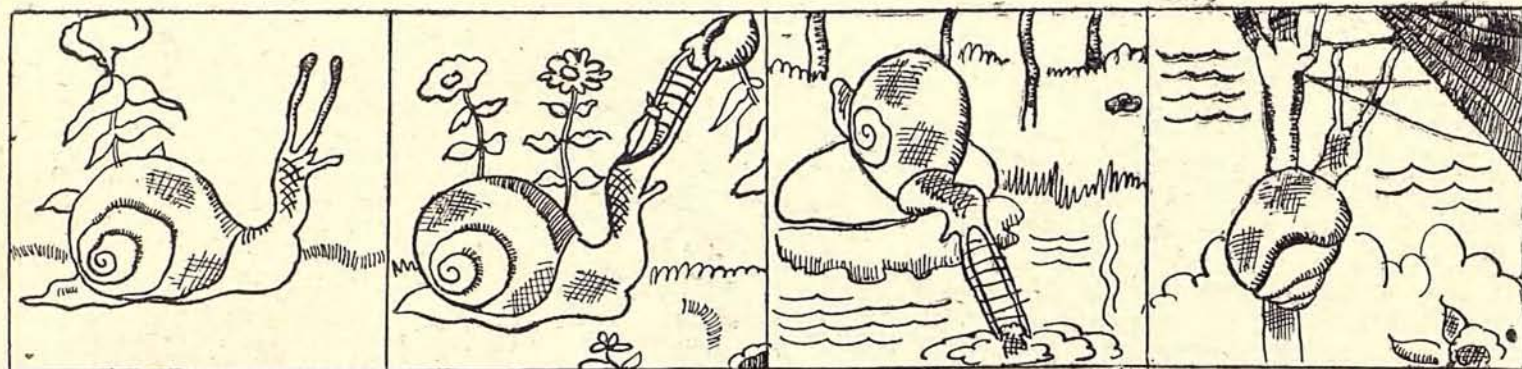
—Una raqueta y una pelota.

Tinita



el perro,
el ratón y
el gato...

HISTORIETA DEL BUEN CARACOL

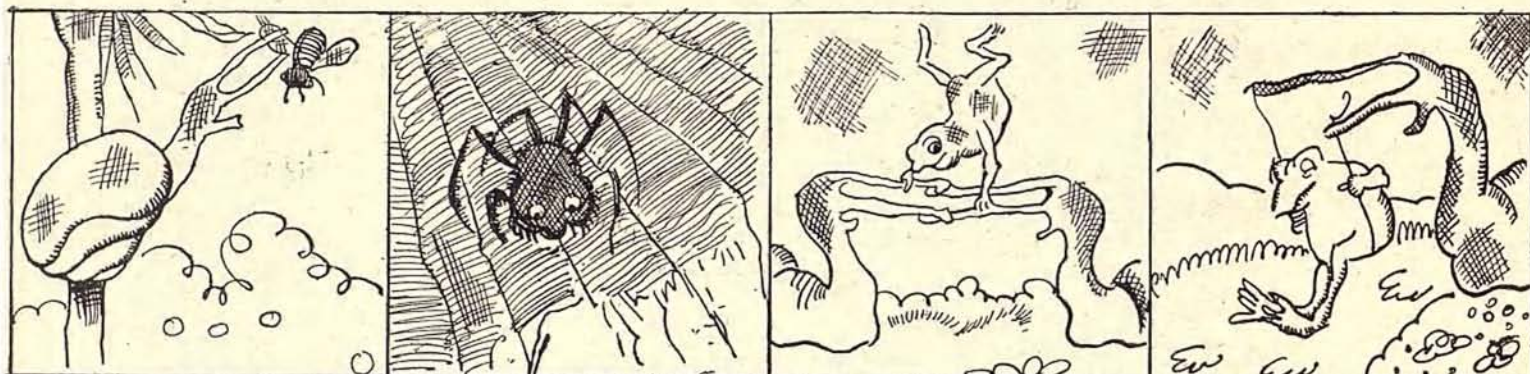


Calixto es un bizarro caracol, bien conocido por su bondad y desinteresados servicios.

Con hilos de tela de araña y sus cuernos ha formado una escalera por la que suben los insectos al cáliz de las flores.

Este ingenioso aparato ha servido también con frecuencia para salvar a más de un náufrago.

Pero Calixto odia las arañas, y cuando se da cuenta que una de éstas ha aprisionado una mosca...

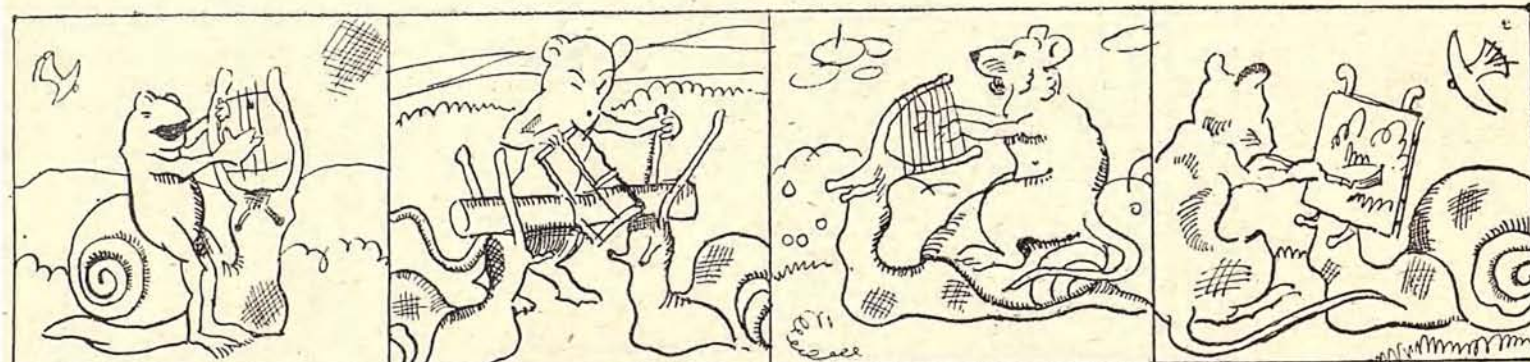


...coge la bestezuela con sus cuernos y la saca de su prisión. La mosca le da las gracias y se va volando...

...mientras la araña pone una cara muy fea, al ver su cola desgarrada, deshecho su trabajo.

Ayudado por su hermano Canuto fabrica unas paralelas en las que las ranas pueden hacer gimnasia.

Y cuando se cansán tiene a su disposición este columpio.

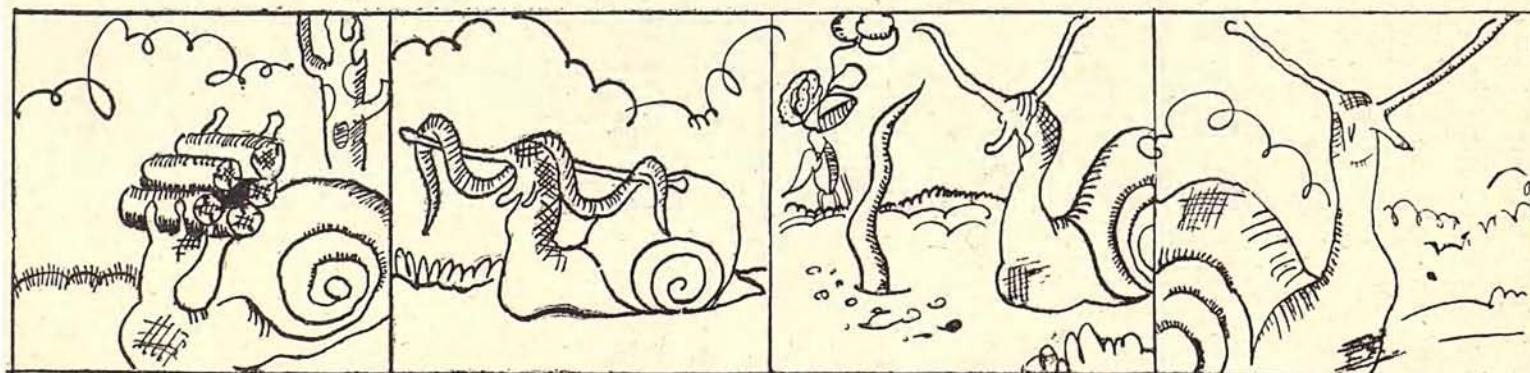


¿De dónde viene esta música tan dulce? Es Ranilde el músico, que está templando su lira.

Calixto y Canuto ayudan también a sus amigos los carpinteros.

Y como Roedín el carpintero es gran aficionado a la música, tras su tarea, le dan medios de tocar *Ramona*.

Pero las aptitudes artísticas de Roedín no terminan aquí. Ved cómo termina su jornada pintando una puesta de sol.



Llega el invierno y hay que hacer provisión de leña.

Al volver a su casa, Calixto encuentra un desgraciado gusano muerto de fatiga y le ofrece este cómodo vehículo.

—¡Muchas gracias!— dice el animalito al llegar a su casa.

Calixto es bueno. Todos le quieren, y esto le hace feliz.

En el borde mismo del parapeto, destacándose sobre la pálida luz de la aurora, descubrí aquello que me había detenido; el ser que más amaba en la tierra. No podía distinguir sus facciones, pero reconocía con mucha facilidad las graciosas curvas de su persona, semejantes a un medallón oscuro, sobre el cielo.

Estaba de pie, junto a una palma, "yuca", que se elevaba sobre la azotea. Su mano se apoyaba en el tronco y se inclinaba hacia adelante, como si estuviera tratando de atravesar con su vista la densa oscuridad que tenía a sus pies. Es posible que viera un pánuelo que se agitaba; sus ojos la conducían a la blanca brisa de la mañana; si lo hizo, su voz fue apagada por el ruido de los cascos de mi impaciente caballo, el cual, dando una vuelta de repente, me hizo penetrar en el bosque sombrío, desde donde me era imposible descubrir a aquella encantadora figura.

Seguí cabalgando, volviéndome a ratos para tratar de verla, pero la casa no era visible desde ningún otro punto. Aquellos árboles majestuosos la cubrían por completo, dejando ver solamente los penachos de las yucas sobre sus espesas copas; pero aun esto fue por muy corto tiempo, porque empezamos a descender entre colinas, que nos las ocultaron.

Deje caer las riendas, permitiendo a mi caballo que pensamientos placenteros y penosos a la vez.

Veía que el amor se había hecho dueño de mi vida, y que de allí en adelante sería el centro de todas mis esperanzas, y del cual partirían mis mayores aspiraciones. Acababa de entrar en la edad viril y no ignoraba una gran verdad; es decir, que un amor puro como éste es el mejor freno para nuestras naturalezas demasadas errantes, ideas se la debía a quien me había enseñado las primeras lecciones, como su experiencia me había servido más de una vez de grande utilidad, creía ciegamente cuanto me engañaba.

Después me he convencido de que no me

Sabía también que había inspirado a Yoe una pasión tan profunda y ardiente como la mía, más vital quizá, porque mi corazón había experimentado ya otras afecciones, mientras el suyo no había palpitado al impulso de ninguna, a no ser las templadas de la niñez. Aun no había tenido emociones; el amor era el primer sentimiento, y el más fuerte su primera pasión. Se había apoderado de ella de tal suerte, que tenía que dominar sobre todos sus sentimientos.

Estas reflexiones eran agradables; pero el cuadro se cubrió de tintas sombrías la última vez que me volví hacia atrás. Me parecían entonces que una voz, la de un demonio debía ser, murmuraba a mi oído:

—¡Quizá no la vuelvas a ver!

Esta suposición aventurada me embargó de tristes pensamientos y me hizo pensar en el porvenir. Iba a tomar parte en una expedición de la cual no sabía cuando volvería. Tenía por delante numerosos peligros, los peligros del desierto, cuya naturaleza no me era desconocida. Al hablarle Seguin de sus planes, no me había detallado sus dificultades casi inevitables; me las había ocultado antes de que le hubiera prometido por última vez mi compañía para intentar el logro de su designio.

Focas semanas antes de aquel momento, hubiera hecho poco caso de aquellos peligros; al contrario, me hubieran provocado para ir a su encuentro; pero mi manía el convencimiento de que otra vida dependía de la mía. ¿Resultaría cierta la suposición que se me había ocurrido? ¿No volver a verla! Torturado por esta idea, seguí cabalgando, inclinada la cabeza sobre el pecho.

Pero me hallaba otra vez sobre mi favorito "Morro", que, al parecer, conocía quién era su jinete. Su elástico cuerpo, al moverse delante de mí, reanimó mi espíritu decaído.

Volvi a coger las riendas de mi caballo y me reuní a mis compañeros.

Caminábamos junto al río, que vadeamos diferentes veces, y atravesando por bosques sumamente espesos,

poco se me había ocurrido esta idea. Sus mejillas se pusieron pálidas de repente, y pude ver en sus ojos, cuando los fijó en mí, que estaba sufriendo. Pero yo había pronunciado las palabras.

—¿Cuando me separe de vos?

La joven se arrojó en mis brazos al mismo tiempo que lanzó un agudo grito como si la hubieran herido en el corazón, y con voz apasionada exclamó:

—¡Oh, Dios mío! ¡Separaros de mí! No es posible, Enrique. ¡Vos que me habéis enseñado a amar! ¿Por qué me dijisteis que me amabais?

—¡Yoe!

—¡Enrique, Enrique! Promettedme que no me abandonaréis.

—¡Ah, nunca, Yoe; lo juro, nunca!

Creí oír en aquel instante el ruido de un remo, pero el tumulto de mis sensaciones, y el estrecho abrazo de mi amada, que en el transporte de la reacción había enlazado sus brazos a mi alrededor, me impidieron levantarme para mirar sobre la orilla del agua. Aparté de mí este pensamiento y me entregué por completo a la contemplación de mi adorada Yoe. Cuando volví a levantar los ojos, atrajo mi atención un objeto que apareció sobre la orilla. Era un sombrero negro con una banda dorada. Reconocí al instante al que lo llevaba. Era Seguin.

Un momento después estaba a nuestro lado.

—¡Papá!—exclamó Yoe al mismo tiempo que se levantaba para arrojarle en sus brazos.

Este hombre me contó la historia de su otra hija, y quizá entonces mi manera de juzgarle era demasiado blanda, pero era natural que fuera así.

Cuando hubo terminado su historia, experimenté una emoción placentera. Mi alegría no tuvo límites al saber que Yoe era hija de un ser no tan malo como había creído hasta entonces.

Pareció que mi huésped iba adivinando mis pensamientos, porque vi en sus labios una sonrisa de satisfacción, tal vez de triunfo, cuando se inclinó sobre la mesa para volver a llenar las copas.

—¿Los navajos?—pregunté.

—Navajos y apaches.

—Pero ¿no vuelven ya por aquí?

Hice esta pregunta sin poder dominar mi ansiedad, porque veía cuán corta era la distancia que nos separaba de la casa de Seguin, donde no había defensa alguna. Por esta razón esperé con impaciencia que me contestara el padre de Yoe.

—No vendrán—me dijo.

—¿Por qué no?—pregunté.

—Este es "nuestro" territorio—me dijo, acentuando sus palabras—; os encontraréis ahora en un paraje donde respiran hombres extraños; ya veréis. ¡Ay del apache o navajo que se atreva a penetrar en estos bosques! Pero no lo harán, estad seguro de ello.

Conforme caminábamos, el bosque se fué aclarando de manera que pude ver una elevada meseta que se dirigía de Norte a Sur a derecha e izquierda del río, cuyo paso debían cortar. Sin embargo, esto no era más que una apariencia, porque al llegar a aquella elevada meseta penetramos por una hendedura inmensa o "cañón", que así le llaman, y que son tan frecuentes en las llanuras de la América tropical.

Cruzaba espumoso el río a través del cañón, entre dos muros de granito de mil pies de elevación, semejantes a dos irritados gigantes separados por un poder superior y mirándose amenazadores. No sin cierto sentimiento de terror levanté los ojos para ver aquellas inmensas rocas, y me estremecí involuntariamente al verme cerca del paso que las separaba.

—¿Veis esa punta que se adelanta en esta dirección?—preguntó Seguin señalando a una roca que sobresalía sobre el punto más elevado de la hendedura.

—Sí—le contesté, porque comprendí que era a mí a quien se dirigía.

—Ese salto era el que estabais empeñado en dar. Os encontramos colgado sobre aquella roca.

—¡Dios mío!—exclamé al contemplar aquella vertiginosa eminencia.

aquellas casas? ¿Donde estaban los que habian orado en aquel templo? Habian partido, pero ¿adónde, ¿cuando? ¿por qué?

Dirigi estas preguntas a Seguin, el cual me contestó con la siguiente concisión:

—Los indios.

Los salvajes habian sido los autores de aquella desolación con sus lanzas y cuchillos sangrientos, sus arcos y hachas, sus hogueras y envenenadas saetas.

CAPITULO XV

des, porque la cultura numerosos arbustos, recorriendo una senda que estaba sembrada de dificultades. Aquella agreste comarca parecía deshabitada y llegué a convencirme de que no me equivocaba al hacer esta suposición, al ver con cuánta frecuencia cruzaban por delante de nosotros los ciervos o huían de los matorreros al aproximarnos a ellos. Algunas vez se alejaba nuestra senda del río y otras cruzábamos por desmontes, hechos sin duda hacia mucho tiempo, porque la tierra, que había sido trabajada por el arado, se había cubierto de arbustos y árboles, por entre los cuales era imposible penetrar. Alguna viga rota y casi podrida, o un pedazo de tapia arruinada, eran los únicos restos que atestiguaban el haber existido allí un rancho.

Pasamos junto a una iglesia en ruinas, con su vieja torre amenazando ventrarse al suelo. A su alrededor se veían montones de adobes cubriendo un espacio bastante grande. Allí había existido un pueblo. ¿Qué había sido de él? ¿Dónde estaban sus habitantes? Un gato montés saltó sobre las tapias invadidas por las zarzas y desanarró en el bosque, y una lechuza se levantó de la ruidosa cúpula y giró sobre nuestras cabezas al mismo tiempo que lanzaba su grito lastimero, que hacía más expresiva la desolación de aquella escena.

Cuando atravesamos por entre aquellas ruinas nos rodeaba la tranquilidad de la muerte. Solamente era interrumpido el silencio por el clamor de las aves nocturnas o el crujido de los pies de nuestros caballos al pisar los fragmentos de cacharros que había esparcidos por las desiertas calles.

?Dónde se encontraban los que habían construido

Debéis leerlo

Las mejoras de octubre

El perro, el ratón y yo, que somos vuestros mejores amigos, hemos adquirido preciosos regalos para vosotros, aparte de las 1.000 pesetas, la bicicleta y la muñeca grande. Además, desde octubre publicaremos muchas cosas nuevas:

Teatro.—Paisajes recortables.—Todo el

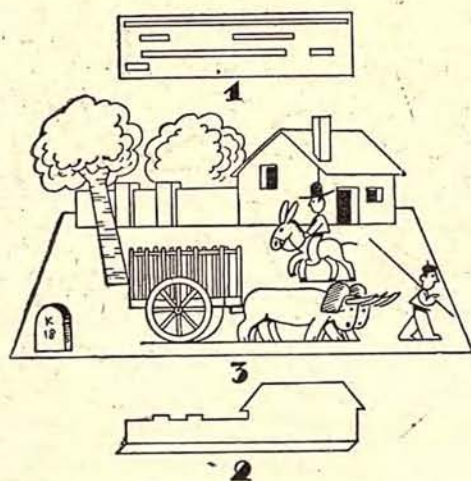


Figura 1.ª

pueblo de Villaburrillos de Trapo, lleno de gentes graciosísimas.—Los animales de Villacaballenses.—Cartas y respuestas de los niños y de las niñas.—Rifa de preciosos dibujos.—Las cinco partes del mundo vistas desde un aeroplano, con cien monigotes saladisimos.—El fabulista.—Los villacaballenses en pedazos.—Los sueños del pato Felipe.—Historieta dibujada del Príncipe PP en aeroplano.—Los pasatiempos de las 24 letras.—Bombón, Chin, Bely, Trespelos y muchas y muchas cosas más.

Aquí tenéis las numerosas variaciones que nuestro periódico os ofrecerá desde el primer número que se publique en octubre.

Los que vienen coleccionando los cupones de Don Quijote podrán poseer DOS NUMEROS PARA LA RIFA DE LAS MIL PESETAS, LA "BICI" Y LA MUÑECA. Los que no los hayan coleccionado, podrán llegar a poseer UN NUMERO PARA LA RIFA, si compran el periódico el sábado 6 DE OCTUBRE próximo.

Publicaremos ingeniosas funciones de teatro, que siempre serán representables y coleccionables, ilustradas preciosamente en colorines, para que copiéis, si os parece, las decoraciones y los trajes. Empezaremos con una graciosa obra en dos actos que se titula: Guerra con los negritos.

Los paisajes recortables, lo mismo que el teatro, no se publicarán en todos los números, pero sí con mucha frecuencia, empezando en el primer número de octubre. Será, aunque en colores y a tamaño de página, algo parecido a lo que se ve en la figura primera. Es decir: muñecos, carros, trenes, casas, autos, perros y mil cosas más, que se pegan en un plano y resulta de un efec-

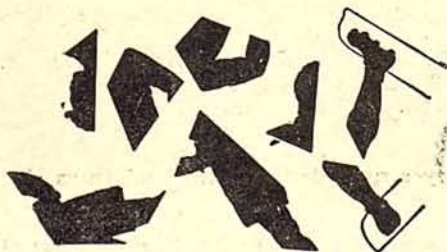


Figura 3.ª

to precioso. Vamos a publicar por ahora dos colecciones de a tres paisajes, empezando por la colección titulada: "Medios de locomoción y transporte". Los ofreceremos con cupones, y el que colecciona los seis cupones y los mande juntos, tendrá derecho a la rifa de dos magníficos regalos. Estos seis cupones formarán en conjunto dos monigotes que han de remitir pegados en un papel.

En algunos números ofreceremos una sec-

Concurso de postín

LA FRASE DE DON QUIJOTE

Averiguar en cuál de los tres capítulos XLIX, L y LI, de la grandiosa obra de Cervantes, dice Don Quijote las siguientes palabras:

"¿Qué, el verle echar agua a manos, toda de ámbar y de olorosas flores destilada?"

Encontraréis el cupón en otra página de este número. Las bases se publicarán en el número 19.

Premio único: una bicicleta, una muñeca de trapo, un bolsillo y 1.000 pesetas.

ción de correspondencia; pero no para que se nos pregunten las bobadas que se acostumbra preguntar, sino cosas de ingenio. A los tres que pregunten las cosas más ingeniosas, pero verdaderamente infantiles, les haremos regalos. Tal sección es sólo para chicos, porque para las niñas tenemos el gusto de ofrecerles las columnas con objeto de que hablen de labores—sólo de la-



Figura 2.ª

bores—chiquillas desconocidas que vivan en capitales o pueblos distantes.

Nada os gustará tanto como esas cinco partes del mundo vistas desde arriba, con unos muñecos divertidísimos. Ofrecemos una en la figura 2.ª; pero luego se publicarán a tamaño de plana. Las pinta Sama.

También desde octubre os regalaremos

cupones para que compréis los libros más baratos.

Los concursos de adivinación van a ser formidables, y se premiarán con ocho regalos magníficos. Dichos concursos constarán de dos partes: los villacaballenses en pedazos, como en la figura 3.ª, que se publicarán en los pliegos de Villacaballenses, y que hay que remitir después completos, y además 24 cuadros, que se darán en esta página, cada uno con ocho cosas, de las cuales cinco empiezan con una misma letra, y tres no; y hay que adivinar cuáles son esas que no empiezan con ella. Serán 36 soluciones en total, entre villacaballenses y letras, y las 36 habrá que remitirlas juntas. Entonces rifaremos cuatro regalos entre las niñas que hayan acertado y cuatro entre los chicos.

Preciosísima será la historieta de los sueños del pato Felipe, que se publicará alterna. Es el pato más salado del mundo, y le ocurren aventuras suculentas y regocijantes.

Los niños que publiquen dibujos en la plana de "La persona, el animal y el mueble", tendrán derecho a sortear en la rifa de los cuadros que para la página de "Respuestas" que se publica atrás nos envía el formidable dibujante Alonso. Después de publicado el número del 20 de diciembre se procederá al sorteo, y los cuadros de niñas y muñecas se rifarán entre las chiquillas, y los de varones entre los niños. Además, para esa fecha regalaremos un precioso juguete y un paquete de libros al dibujo más gracioso y al mejor de las niñas, y otro juguete y otros libros a los niños.

¡Ya veréis! ¡Ya veréis, cuántas cosas y cuántos juguetes! Los lectores de EL P., R. G. van a tener preciosísimos juguetes...

PRECIOSÍSIMOS JUGUETES

PRECIOSÍSIMOS JUGUETES

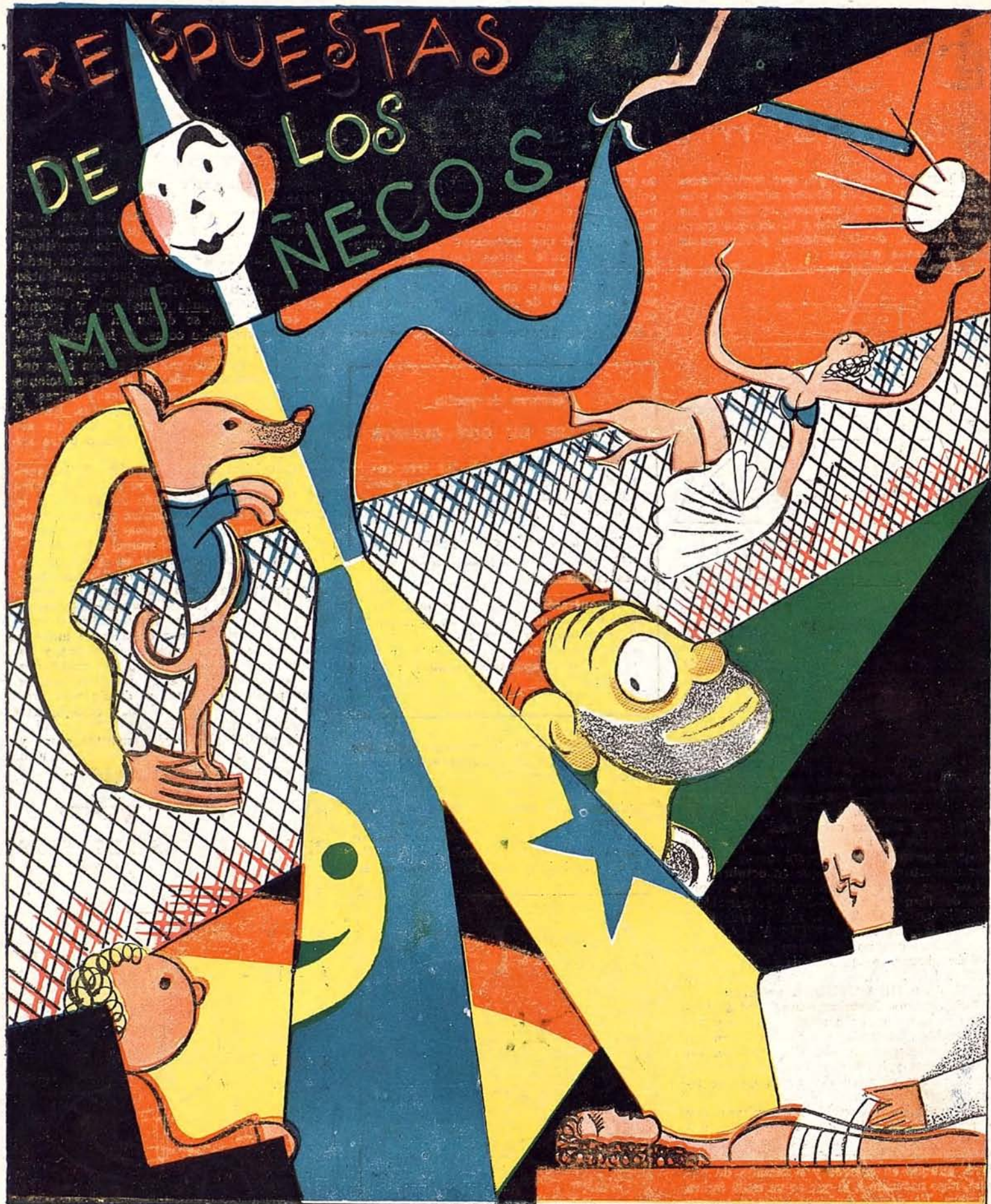
PRECIOSÍSIMOS JUGUETES

El Gato Adivino.



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



No podíamos perdernos de visitar a Carlitos Gómez Lapuente, que es rubio y tiene nueve años.

—Vamos a ver, don Carlitos, ¿qué carrera te gustaría tener?

—La de payaso. Pero eso debe ser muy difícil ¿verdad?... Siempre que vengo del circo, pongo una alfombra en la sala y me pinto la cara en casa.

—Sí, el ser payaso debe ser difícil. Una de las cosas más difíciles del mundo es hacer reír. Todo el mundo tiene el deseo de hacer reír, y no todos lo logran. Pero bueno, yo te he preguntado que qué carrera prefieres.

—Carrera, carrera..., la de médico de circo, para curar en seguida a los que se caen del trapecio.

—Otra pregunta: ¿qué animal prefieres?

—El perro del "clown", que parece que sabe hablar. ¡Qué listos son!

—Pero tú eres un gran apasionado del circo, chiquillo. Vamos a ver ahora cuál ha sido el mayor susto de tu vida... También va algo de circo... ¿no?

Carlitos lo pensó, y se le notaba que buscaba el recuerdo en cosas de circo, y comentó:

—Una vez que se tiró uno desde lo alto a una red que le habían puesto en la pista, y al mismo tiempo se desprendió y bajó con él un faro que había arriba, que hizo un efecto espantoso...

—Lo último. ¿En qué te gastarías las 1.000 pesetas, si te tocara el premio en el concurso de "la frase de Don Quijote"?

—En esos abonos que hay para ir todas las noches al...

—¿Al circo?

—Sí, señor.

EL MAGO BOTIJO.